valledeliebana.info

EL CORPUS EN POTES EN 1848

Texto de Ildefonso Llorente Fernández

[...] la solemne procesión del *Corpus* en el año 1848 iba pausadamente, formada por largas y apretadas filas de engalanados lebaniegos, haciendo resonar piadosos cánticos por las tortuosas y pendientes calles de Potes.

Las casas todas del tránsito, entre las que hay muchas con escudos señoriales de piedra en la fachada, tenían en sus ventanas y balcones rameadas colchas de engomado percal, o ricas sobrecamas de laboreado damasco, y sobre unas y otras colgaduras, blanquísimas tohallas; sirviendo de mullido asiento a relucientes candeleros de plata, o de metal dorado, en los cuales ardían sendas velas profusamente adornadas de rosas y lirios, alelíes y claveles.

La escena era magnífica y conmovedora.

La extraordinaria variedad de colores, que ondeaban en poético desórden en los huecos todos de las casas; las nubes de flores deshojadas, y las hermosas coronas que las mujeres de todas edades, y de todas las categorías sociales de la población arrojaban al aire, al pasar frente a sus casas la religiosa comitiva; flores y coronas que, ora alfombraban el suelo y le hermoseaban, ora quedando prendidas en el palio, parecían la sonrisa de los querubines junto al trono del Señor, ora revoloteando entre los ondulantes vapores del incienso, impregnaban de perfumes y de alegrías el camino que seguía el Dios-Humanado, conducido por el sacerdote en preciosísimo viril; las blancas sobrepellices y las resplandecientes capas pluviales y dalmáticas del clero; el gran número de luces; la extraordinaria concurrencia de personas, ataviadas con sus más limpios y más costosos vestidos; los acordes de la música; el repicar alegre de las campanas en la iglesia parroquial, en la ermita de *San Cayetano* y en el convento de dominicos llamado de *San Raimundo*; juntándose a todas estas bellezas y a todos estos placenteros ruidos la frondosidad del arbolado en la mayor parte de la población, y el despeñado sonar de las aguas del *Quiviesa*, que allí mismo, junto a la plaza (...), entrega sus sonoros raudales al no menos bullicioso *Deva*; y todo esto en un pueblo situado al pié de altas montañas, embellecidas totalmente con frondosísimos viñedos, coronados por sombríos bosques, y destacándose aún por encima las enormes y siempre nevadas alturas de los célebres Picos de Europa, en el azul purísimo de una atmósfera llena de luz y de esplendor por el risueño sol de primavera, formaba un conjunto delicioso de armonías, de bellezas, de perfumes, de rumores, de poesía y de sublimidad, con que la naturaleza y los hombres se afanaban en rendir un tributo de alabanzas y de admiración al Supremo Señor de todo lo creado. Y el alma sentíase dulcemente impresionada, y de los labios brotaba con inevitable y fervorosa emoción un entusiasta «¡Hosanna!» a Jesús hecho hombre.

Puente de San Cayetano y Barrio del Sol (1912)

La procesión, después de haber recorrido el despejado *barrio de la Iglesia*, lugar de los recreos juveniles, y el blasonado *barrio del Sol*, cuyas casas señoriales traen a la mente mil recuerdos, atravesó el Quiviesa por el *Puente de San Cayetano*, a cuyo extremo la ermita del mismo santo estaba interiormente adornada con profusión de luces por sus dignos patronos; y subiendo por el *Cantón de Abajo*, entraba ya en la plaza.

Entonces, en el balcón de una de las mejores casas, en la cual había entre colgaduras y luces una escultura de la Concepción, apareció un anciano octogenario, que, derramando unas cucharaditas de aromático incienso en una braserilla dorada llena de ascuas colocada entre las luces, y encomendando, al parecer, a su esposa que continuara quemando incienso durante el paso de la procesión por frente de la casa, bajó a la calle, se arrodilló en el empedrado, inclinando profundamente la cabeza; y uniéndose al religioso concurso cerca del palio, comenzó a cantar a media voz el magnífico *Sacris Solemniis*, al compás de la orquesta formada de varios instrumentos músicos, tocados con especial maestría por individuos pertenecientes a las principales familias de la población, y a los cuales dirigía el entonces niño, mi querido y respetable amigo Don Jesús de Monasterio, honra de Potes, donde nació, joya de Liébana, orgullo legítimo de España y, desde los primeros años de su vida, gloria del arte en Europa.

"Recuerdos de Liébana", 1882